

Klaus Vathroder, S.J.

El sufrimiento de un aficionado de verdad

Millones de ciudadanos (y probablemente algunas ciudadanas) del hemisferio oeste se mueven en estos momentos al borde de un colapso nervioso. No hay duda de que la concesión de la Copa Mundial de Fútbol a Corea del Sur y a Japón es un crimen contra la humanidad futbolística, contra el seguidor europeo (9 horas) y contra el seguidor latino (15 horas). Nos preguntamos hace unos meses: ¿Cómo podemos engañar a nuestros hábitos rutinarios, a nuestro patrón y a la cronología venezolana?

Indiscutiblemente, lo más fácil es tratar con nuestro patrón. Cuando el Sr. Blatter asignó la Copa a Asia, cada aficionado de verdad pidió irse cuatro semanas de vacaciones en junio o solicitó un curso de formación profesional en computación o liderazgo. Otros dimitieron el 31 de mayo o se establecieron por cuenta propia o plantearon enfermarse por lo menos para la segunda fase del torneo, o simplemente anticiparon la jubilación con motivo de la inauguración de la Copa.

Mucho más difícil es el trato con los hábitos diarios individuales. Yo, por ejemplo, me levanto a las seis con César Miguel Rondón y sigo con la oración matinal. Después en la oficina leo los periódicos internacionales en Internet y posteriormente los periódicos venezolanos. A las nueve me reúno con Doris, Sarahy y Vallita para planificar el trabajo y el resto de la mañana me dedico a trabajos rutinarios de la oficina como llamadas telefónicas y reuniones. A las doce y quince almuerzo, y después no me pierdo una siesta corta, que termina con Marta Colomina para infundirme nuevo

ánimo. La tarde sigue con la rutina de escribir, organizar, etc. A las cinco, Napoleón Bravo me explica la situación política actual y lo que todavía no me queda muy claro, me lo revela Pedro Penziny Fleury después. La misa diaria marca el fin de mi jornada.

Me pregunto: ¿Dónde y cómo puedo colocar el programa futbolístico que diariamente se prolonga desde las 2 y media de la madrugada hasta las 9 y media de la mañana: en total 64 juegos, es decir, 5.760 minutos de fútbol puro, sin contar los descansos, las posibles prórrogas, las fiestas de inauguración y de clausura, y las innumerables emisiones de análisis y repeticiones?

El lector atento se da cuenta de que estoy afiliado a la señal de Direct-TV. Ni pensar en la remota posibilidad de que durante la copa se caiga mi señal y unos técnicos aficionados al fútbol necesiten más de los cinco días hábiles acostumbrados para restablecerla. En estos días, la parábola es una norma para un aficionado alemán. Los hinchas de fútbol latino y las colonias española, portuguesa e italiana sufren con sus selecciones en la Free-TV. El alemán tiene que recurrir al satélite para el disgusto y el sufrimiento. Pero, eso sí, puedo elegir entre cuatro ángulos visuales distintos para ver las derrotas de la selección alemana. Me queda la tranquilidad de que, después de la primera ronda, podré dedicar mi afecto a otro equipo mejor y con buenas posibilidades de ganar la copa.

Claro, la solución más simple es cambiar de una vez al horario de Asia Oriental. Así, me levantaré a las tres

de la tarde con Ramón Pasquier y comenzaré de una vez con la oración de vísperas. Después leeré los periódicos internacionales del día siguiente en Internet. A las cinco me enteraré por Napoleón de lo que he desperdiciado durante el día, verificándolo en los periódicos nacionales. A las seis de la tarde, llegando a la oficina, daré las instrucciones para el trabajo del día siguiente a las muchachas que estarán saliendo para sus casas. Haré mis llamadas telefónicas mientras la gente todavía esté despierta y mis transferencias bancarias por Internet. Almorzaré a las nueve de la noche con el microondas. Después de la siesta – Marta me hará falta, pues Vladimir Villegas es pésimo sustituto– seguiré trabajando en la casa mientras escucho a Pedro y César Miguel del cassette –a esa hora, salir a la calle no es prudente–. La misa será un problema porque no creo que mis feligreses se acostumbren a venir a la misa a la una de la madrugada.

Finalmente, a las dos y media de la madrugada me posicionaré frente a la tele con cerveza y papitas para ver unos partidos ineludibles como Arabia Saudita contra Camerún o China contra Costa Rica. Me acostaré a las nueve de la mañana con la seguridad de que nada importante se me ha escapado. Hace unos días un supuesto amigo me recomendó grabar los partidos con video. Obviamente no entiende el carácter de este deporte y la pasión por el fútbol de un aficionado de verdad.

Klaus Vathroder, S.J.

M. en Economía. Director del Centro Gumilla